

pero las autoridades se lo prohibieron. A pesar de eso, se reunieron en número de unos trescientos. Yo también estaba. Tomaron informes de todos nosotros, pero nos dejaron en seguida. Entonces nos reunimos de nuevo, y de nuevo apuntaron nuestros nombres. Luego fuimos á la cárcel. A los cuatro meses me desterraron de Kief por un año.»

Después de esto, nuestro joven entró en las oficinas de los ferrocarriles del Sud-Oeste, en los cuales estaba un tío suyo como ingeniero. Tenía una mediana posición; pero al poco tiempo contrajo las fiebres que abundaban en aquel sitio. Tuvo que irse á Samara, donde consiguió ser admitido en el ferrocarril.

Era entonces un empleado como los demás, y no es de creer que le hubiese seguido la fama de hombre *sospechoso*. Semejantes pequeños pujos de protesta eran en aquel tiempo bastante frecuentes. Mas si hubiera podido leerse en el fondo del alma de aquel humilde y vulgar empleado, se hubiera visto que consideraba al Estado como una institución que cubre con su am-

---

un tan obscuro misterio quedase sin aclarar completamente. El Gobierno autocrático prefirió echar tierra al asunto, convirtiendo así en delito del Poder el delito de un funcionario. La agitación de la juventud por este motivo se extendió á todos los centros de enseñanza superior de Rusia. El nombre de la víctima era, si no me engaño, Vietrof.

paro bajas violencias cometidas en sombríos cuarteles contra muchachas indefensas. El Estado protege estas violencias y castiga á los que expresan su disgusto ante ellas. Con semejante preparación, nuestro empleado trabó conocimiento en Samara con algunos practicantes de medicina, con los cuales se reunían varias personas sospechosas. «Desde entonces — dice — comencé á comprender toda la *sabiduría*.»

El autor no explica de qué clase de *sabiduría* quiere hablar, quizás porque no sería fácil entenderlo. . .

«He aquí mi vida». Así termina su autobiografía.

«¿Por qué motivo voy al patíbulo? Dentro de poco me matarán, y os doy mi palabra de que soy inocente y de que no he tomado parte en el que me acusan, ni en ningún acto de expropiación violenta. Probablemente soy incapaz de matar á un hombre. De carácter débil y de una bondad que casi confina con la tontería, no tengo la menor inclinación á ciertas empresas. En aquella por la que me han condenado á muerte, soy sólo culpable de no haber revelado lo que sabía. Por lo demás, ni siquiera sabía con precisión cómo se conduciría el asunto. Y si lo hubiese sabido, mis convicciones no me hubiesen permitido proceder como un delator. Durante la vista, me asombró la existencia de algunas pequeñas pruebas contra mí.

»Ahora hablo con toda sinceridad. En mi caso se trata de una simple coincidencia. ¡Por lo demás, al diablo con ellos! No quiero pensar en estas cosas. Pero debo agregar un dato no desprovisto de interés: el Tribunal me ha declarado culpable solamente de instigación, y, á pesar de eso, me ha enviado á la horca. . . »

Si se tiene en cuenta que esta carta se escribió en una celda y fué pasada á otra con la esperanza de que pudiese llegar á su destinatario sin caer en manos de la autoridad, y que no es más que una confidencia de un condenado á un compañero suyo de cárcel, la terrible sinceridad del escrito está fuera de toda duda. En una de las cartas arriba transcritas, veíamos cómo uno de los condenados invectivaba á los jueces, no ya en defensa propia (se confesaba culpable de lo que se le atribuía), sino porque con él habían condenado á un inocente. . . Es bastante probable que aquella protesta se refiriese á la sentencia del autor de la autobiografía.

Después que esta autobiografía se ha hecho pública por las celdas de la cárcel, el problema de aquella vida se ha resuelto, sin duda, hace mucho tiempo. ¿En qué sentido? No lo sabemos. Lo más probable es que «la justicia haya seguido su curso.»

Según todas las probabilidades, tanto el que escribió esta autobiografía desolada, como el compañero de cárcel que quiso defenderlo á toda

costa, han traspasado ya, á estas horas, los umbrales de la muerte.

Una justicia ciega que no sabe distinguir los inocentes de los culpables, ha puesto fin á su vida. Difícilmente los últimos momentos de aquella vida se habrán visto iluminados por los resplandores de alguna fe. ¡Al diablo con ellos!; tal fué la fórmula que el condenado arrojó como un saludo y como un reto. . . Pero los que lo han juzgado, conducido al patíbulo y confortado con los últimos auxilios, parece que creen en algo cuando exigen á los demás la fe.

Pero, ¿piensan, acaso, qué formidable alegato contra su *régimen* podrá hacer este joven sin luz y sin fe, ante aquel Tribunal que, según su creencia, debe estar por encima de todo juicio terrenal? . . .





## VII

### Los „expropiadores“

EN nuestras provincias — escribe mi informador — los *expropiadores* han aparecido á raíz de la insurrección armada de Moscou, que fué seguida de otra insurrección armada en el país donde se encuentra la fundición de que más arriba hemos hablado.»

Esta coincidencia cronológica es elocuente, y basta por sí sola para indicar ciertas relaciones entre los sucesos.

Al calor del tempestuoso movimiento revolucionario, las *expropiaciones* adquirieron más marcadamente un carácter político. Suponíase que había ya empezado la lucha abierta contra los representantes y defensores del antiguo régimen. Pero durante esta lucha, los asaltos, por

decirlo así, á las «provisiones del enemigo», aparecían como episodios de guerra, como una especie de «requisiciones militares.» En los manuscritos recibidos en abundancia en las redacciones de los periódicos y revistas, manuscritos escritos apresuradamente y sin pretensiones de arte, pero que por ser directas é ingenuas emanaciones de los sucesos, representan un reflejo veraz de cierto estado de ánimo, se encuentra muy á menudo, en los últimos tiempos, el mismo motivo: Una muchacha, arrastrada por el torbellino de la lucha, dice á un joven (ó viceversa, un joven dice á una muchacha):

— Busca usted una acción por la que valga la pena de sacrificar la vida. . . En tal día y por tal camino pasará tal cantidad de dinero perteneciente al Estado. Hagamos saber al pueblo que lucha por sus derechos lo que le toca hacer.

Y hasta tal punto es un hecho característico de la revolución rusa que se planteen al mismo tiempo los dos problemas, el social y el político, que á veces fueron declaradas «propiedad del pueblo» sumas de dinero pertenecientes á fábricas ó bancos.

En aquel período la psicología de los *expropiadores*, que pagaban aquella acción «militar» con la vida, en nada difería de la psicología de los revolucionarios idealistas. A veces llevaba el mismo sello de alta jerarquía espiritual, de fe ardiente en la importancia de su «acción». Re-

cientemente (en Septiembre de 1909) se vió ante el Tribunal de Kief (con intervención de los jurados) la causa del periodista de Estonia, Eckart Horn, llamado Endel. Había sido ya antes condenado á trabajos forzados por un delito político cometido en las provincias bálticas, donde, como es notorio, el movimiento fué sumamente intenso, llegando á adquirir en algunas partes los caracteres de una verdadera lucha social. En la cárcel Lukianovskaia, de Kief, donde Horn cumplía su condena, y en una de las celdas inmediatas, había una condenada á muerte, ex maestra de escuela de un pueblo. En Agosto de 1908 había sido condenada por el Tribunal militar de Kief. El 12 de Septiembre se confirmó la sentencia; la ejecución se aplazaba. La noche antes de ella, Matrena Prisiašgnink fué trasladada á la celda contigua á la de Horn, el cual podía oír los pasos de su vecina y el ruido de las cadenas. Aquella noche resplandecía la luna.

A través de las paredes se oía á la condenada acercarse á la ventana con un tintineo de cadenas. Sus compañeros, condenados juntamente con ella, ya se habían procurado un veneno. Horn, por un agujero abierto en la pared, le pasó en una tetera un veneno. Matrena lo aceptó, y Horn estuvo hasta el fin hablando con ella y confortándola. En una carta á su prometida, presa también en la misma cárcel, describe los últimos momentos de la Prisiašgnink (sus íntimos ami-

gos le daban el nombre familiar de Raia). Es una carta extraña y algo inconexa; se ve que está escrita por un hombre conmovido hasta el fondo de su alma. A veces habla de sí mismo en femenino y de su prometida y de Raia en masculino.

«Aguardé á la noche. ¡Qué largo y qué terrible fué aquel día! . . . Cuando todos nuestros amigos estuvieron acostados, abrí con mi navaja un agujero en la pared. . . Pasados algunos minutos, veo luz en su celda. . . y ella me llama por mi nombre. ¡Oh, Dios! Tenía que entregarla. . . Sentí que cogía lo que yo le pasaba. . . Luego introduje por el hueco dos cartas. . . Contemplaba con avidez la abertura. . . Ella leía.

En aquel momento, Stefano me pide que pregunte á Raia cuándo tiene intención de tomar el veneno, para poder morir al mismo tiempo. . . ¡Qué amor! Cómo se amaban. . . Pero suena un rumor de cadenas; es que ella ha acabado de leer.

Amado mío, he hablado largamente con ella; he completado de palabra la carta. Luego la he pedido que se apartase un poco de la abertura para que yo pudiese verla. . . Y así se me apareció su rostro hermosísimo y puro. . . ¡Qué feliz fui! Ella me miró y se rió; ¡pero tan dulcemente! . . .

— Endel, ¿me oyes reír?

— Sí, mi querida Raia, te oigo. ¿Qué te pasa?

— Me hace reír el pensar que podamos todavía hablarnos. . .

Luego me preguntó:

— ¿Qué pasa? ¿Dónde está Anatolio? ¿Qué ha sido de mi *paisano*? . . . Di á mi querida Raia que la saludo y la beso.

En este punto se aleja. Luego de algún tiempo, vuelve á acercarse. Stefano pregunta:

— ¿Cuándo?

— Hoy, después del relevo de la guardia — responde ella —. ¿Es eficaz el cianuro?

— Sí, querida mía — respondo yo —. No puedo darte otra cosa.

Y en este momento me invade una gran inquietud. Tener que entregar así la muerte, con mi propia mano, á una persona á quien se quiere tanto, cuando se desea tan ardientemente su vida, es una cosa horrible. . .

— No te inquietes, Endel — me dijo Raia.

Yo guardé silencio, y ella me dijo no sé qué cosa. Por fin, me preguntó cómo debería tomarlo.

— Redúcelo á polvo. Puedes disolverlo en un poco de agua.

— Muy bien, lo tomaré así —. Y se fué.

Después del relevo oigo golpes en la pared. Me aproximo.

— Ahora lo tomo, Endel, ¡y sin agua! . . . ¿Cómo están los muchachos? . . . Me parece que ya empieza á hacer efecto. . . ¡Adiós!

— Adiós, querida. . .

Oyóse un rumor de vestidos y un ruido de cadenas; luego silencio. . .

— Raia, ¿lo has tomado?

— Sí, está hecho. ¡Adiós!

— Adiós, querida. . .

Durante unos momentos siguió un profundo silencio; luego oí su respiración afanosa. Suspiros. . . El mismo respirar afanoso cada vez más débil. . . Por fin, profundos suspiros. . . Silencio. . . Callad, ha muerto. . . ¡Ya no existe la querida Raia! Callad, ella ha muerto, pero la vida sigue su camino. . . Yo he hablado con ella; lo he oído todo; estuve con ella hasta el último instante; y todo esto ha quedado indeleblemente impreso en mi alma.

Decís que Raia no existe, y os engañáis. Yo os digo que ella está aún conmigo y con todos los que la hemos amado. Viviremos de ella y con ella.»

.....  
Al cabo de algunos instantes se oía llamar en la pared, pero ya no era razón de responder. Eran los carceleros que llegaban» (1).

Esta carta salió de los muros de la cárcel, circuló de mano en mano y á los seis meses fué secuestrada en un registro en la casa de un tal Kinsburgsi. Ella sirvió de fundamento para iniciar un nuevo proceso, «por favorecer un suici-

(1) Esta carta (salvo algunas abreviaciones) la tomo de la crónica judicial publicada en un periódico local (*Kievskaja Vestí*, 11 Septiembre 1909, núm. 242).

dio», contra Horn, el cual se vió el 10 de Septiembre de 1909 ante el Tribunal del distrito de Kief. Por qué se haya celebrado según el procedimiento ordinario, con intervención del jurado, y públicamente, es difícil de averiguar. Si el Gobierno pretendía mostrar á la sociedad uno de aquellos «monstruos» que los tribunales militares condenan con sus procedimientos secretos, el cálculo le salió equivocado.

«Lento y pavoroso — dice el autor de la crónica judicial — se levantó el velo de uno de los más horribles episodios de la vida. En la penumbra creciente de aquel crepúsculo, la lectura seca y clara de la carta en medio de un silencio de muerte, produjo una profunda impresión. Cuando al terminar Horn, tomó por breves momentos la palabra, admitió el hecho, pero negando la culpa. «Ella había sido condenada á muerte; su sentencia se había confirmado y yo no hice sino ayudar á una amiga á librarse del último suplicio. No he cometido ninguna acción inmoral.» Pero la emoción le impidió continuar y se sentó. . . Los jurados se retiraron á la sala de deliberaciones sólo por un minuto. La sentencia fué *absolutoria*.»

Fácilmente se comprende la importancia de aquella sentencia. Los jurados son hombres que pertenecen á la misma clase social á quien el Gobierno defiende de los asaltos de los *expropiadores* por medio de los tribunales militares y de

las penas de muerte. Horn es un revolucionario, un «anarquista», que vive en el ambiente de los *expropiadores*. . . Y sin embargo, en todo el episodio no encontramos un solo acto que nos hable de *sanguinaria ferocidad ó de profunda depravación*, y estas son imágenes que acuden á nuestra imaginación siempre que tratamos de considerar un fenómeno tan puramente *negativo* como la expropiación, sobre todo la que va dirigida contra particulares. Los jurados no supieron verla con claridad; se les apareció como envuelta en una densa niebla. Ante sus ojos y ante los de la sociedad quedó solamente el tipo de nuestras muchachas revolucionarias, generalmente cultas, tal como se producen en Rusia, con aquella especial psicología que desde hace largo tiempo les es característica, representada por un ánimo ardiente y seguro, pronto á la lucha, decidido sin vacilaciones ni temores al sacrificio. Pero en el caso de Raia, el conjunto de las circunstancias en que se produjo su trágica muerte, ofreció un espectáculo tal de sufrimientos superiores á las fuerzas humanas, que alrededor de ella se formó como una atmósfera de piedad y fraternidad, y los jurados, como hemos visto, no vacilaron. Su sentencia aparece como el reflejo inmediato de la conciencia social.

Sin duda, Horn había ayudado á la víctima de la justicia á librarse de la horca; había, es verdad, cooperado al suicidio, pero sólo para

evitar la ejecución de la sentencia. Y los que representaban la *media* del pueblo ruso, dijeron: *No es culpable.*

Ciertamente, yo no sé si los jurados habrán recordado aquella confesión tan significativa que el Conde Witte había hecho respecto al *antiguo régimen*. Hay que pensar que aun sin el Conde Witte, los que formaban el jurado, que representaban, como ya se ha dicho, el tipo medio de la sociedad rusa, habrían tenido su concepto de la relación de causa á efecto entre los sucesos contemporáneos, relación que en estós últimos tiempos se ve con especial claridad. Cierto que los fenómenos de las rapiñas, de los robos, de las expropiaciones, son como miasmas pestilentes. Mas si en este caso, ante los ojos atónitos de los jurados, surgieron los contornos de una gran belleza moral, que les hizo comprender en su admirable pureza la psicología de la abnegación, debieron tomar ocasión de ello para meditar sobre las causas de semejantes perturbaciones. Claro que la conciencia social no puede plegarse á las *expropiaciones*, no puede aprobarlas. Pero tampoco puede conformarse con la solución de tan graves problemas, buscada con una línea demasiado rígida, por medio de un procedimiento sumario que no juzga ni indaga, y en cuyo fondo están la cuerda y la horca.

El lazo pasajero que parecía unir á las expropiaciones con las luchas políticas, no podía

durar largo tiempo. Eran el producto de un equivocado juicio sobre las circunstancias actuales. En substancia, esta relación se halla en completo antagonismo con la psicología de los partidos revolucionarios. Tal antagonismo surgió claramente en seguida, y hasta ahora ha continuado aumentándose. Los elementos idealistas de la revolución han abandonado la zona corrompida, y las expropiaciones van acercándose más y más al bandolerismo *vulgar*, á veces en las formas más crueles y repugnantes. Pero para el Gobierno, y en general para los *hombres sensatos*, resulta muy cómodo confundir todos estos fenómenos. Las represiones contra *todos* los partidos de oposición se justifican por la existencia de las *expropiaciones*. La lucha entre las opiniones, la independencia de los distintos partidos, sus discusiones y la oposición de los diferentes programas, que pugnan y se contradicen unos con otros, debían constituir á los ojos de cualquier Gobierno, políticamente iluminado, un elemento de *reflexión social* que por sí sólo atenuaría la feroz pasión de la lucha, haciéndola derivar de los impulsos inmediatos hacia la esfera del pensamiento, de los tanteos, del estudio. La libertad en las opiniones permite que sean expuestas al fresco soplo de la crítica las ideas extremas. Nuestras autoridades siguen considerando como un éxito suyo y como una señal de su fuerza, el hecho de haber logrado desterrar el trabajo

del pensamiento de oposición y de libertad á un subterráneo sofocado, dejando solamente en la superficie de la vida la voz del *desorden organizado*, la anarquía en su forma más rudimentaria y más brutal.

En esto el Gobierno ruso ha obtenido notables éxitos exteriores. Sólo una cosa no ha logrado evitar: la formación de la conciencia general — universal pudiéramos decir — de que *no se puede seguir viviendo así*. Esta conciencia domina soberana sobre toda la psicología contemporánea de la vida rusa. Y si han podido sofocarse las tentativas aisladas de pensamiento creador y de lucha activa de la sociedad por un mejor porvenir, no puede obrarse sobre la psicología de la muda *negación*. Pero esto es precisamente la anarquía. Ni respeto hacia el antiguo régimen, cuyo fracaso es universalmente reconocido, ni respeto para sí mismos como miembros de una sociedad que se organiza *ex novo*.

«Habláis — se dice — de ciertos sistemas aún posibles de lucha legal, y si no completamente legal, por lo menos, de lucha de partido.

»¿Pero dónde están esos sistemas? ¡Ved! Sólo hay *individuos* que luchan *bajo todas condiciones*. Por tanto, fuera toda reflexión social, toda organización, todo programa, todo principio positivo. Nosotros sólo queremos lo que es claro, sencillo, evidente; la acción anárquica individual

no organizada, ni vinculada á programa alguno basado sobre un principio cualquiera. La violencia individual, oponiéndose á la violencia legal; el asesinato secreto, oponiéndose á la sentencia de muerte con procedimiento sumario y sin juicio; la rapiña, oponiéndose á las injusticias producidas *por el orden administrativo*; la venganza personal frente á las torturas inflingidas en los calabozos policíacos; la anarquía en guerrillas frente á lo que Nikolenko llamó «el desorden organizado». Estos son los conceptos generales; y en ellos el más profundo desprecio, no ya para algún aspecto de la vida, sino por la vida entera: para el Gobierno, para la sociedad, para sí mismos y para los demás. Ya hemos visto cómo uno de los *smertniki* se despidió del mundo con esta sencilla fórmula: *¡Al diablo con ellos!*

No podemos, en verdad, desconocer la tremenda lógica de semejante modo de proceder. Ello es la derivación natural y necesaria de un estado de cosas anormal, como cualquier enfermedad en un organismo.

Entre el material que nos ha comunicado nuestro informador, hay una carta, la más característica, porque en ella se siente, íntegra é intensa, la vibración de una brutal fuerza anárquica:

«¿Me pregunta qué es lo yo quería? ¿A qué aspiraba? No sé explicarlo. No encuentro las palabras que me den la posibilidad de explicarlo.



Pero veo y siento que la vida no es como debiera ser. Cómo debiera ser realmente, no lo sé, ó mejor dicho, lo sé y no acierto á explicarlo. Cuando estaba en libertad observaba que los hombres no hacen lo que deben, sino todo lo contrario. Hace algunos años tampoco yo hacía lo que debe hacerse; pero luego me hice indiferente á todos y comencé á hacer lo que me parecía y lo que me gustaba».

Y ved cómo el autor de esta carta se representa á sí mismo con una despiadada sinceridad.

«Yo soy un terrible egoísta; sólo me he amado á mí mismo durante toda mi vida. Yo vivo, y porque vivo necesito dinero. Dinero mío no lo tenía, y lo he cogido donde he podido encontrarlo. No sé. Quizás esto está mal hecho, pero yo no me he cuidado de nadie. Nada me importan los hombres ni las opiniones que puedan tener sobre mis acciones. Tú sabes que yo no ofrecería mi vida, sino que más bien me la quitaría por mí mismo. He procurado siempre oprimir á los débiles y desposeerles de todo lo que me era necesario. Si su vida me hubiera servido de algo, la hubiera tomado; pero no necesitaba la vida de otro. No creas que para mí los débiles sean los pobres. ¡No! Entre nosotros el rico también es un sér débil. En libertad, yo era más fuerte que un rico, pero ahora soy débil; me han quitado cuanto poseía y ya no me queda más que morir».

A decir verdad, esta carta aparece como única entre todo el material de que dispongo, por su cinismo sombrío, al que no ilumina ningún rayo de esperanza.

En las otras este tono aparece por lo menos mitigado por el reconocimiento de una verdad inasequible y por la confesión de un profundo pesar que se apodera del alma al pensamiento del próximo fin.

«Debo morir—escribe un muchacho de diez y ocho años. — ¡Mas si tú supieses cuánta ansia tengo de vivir! Siento una ardiente sed de vida. Figúrate: no tengo más que diez y ocho años. Pero, ¿cómo han pasado estos diez y ocho años? ¿Ha sido acaso vida la mía? Ha sido una continua serie de sufrimientos. En mi familia éramos siete. Sólo un hermano es trabajador. Pero yo, ¿qué casta de trabajador soy yo? Por lo demás, nada hay que decir respecto á mí. ¿Podía yo ganar mucho? Era un vivir horrible; así que puedo decir que no he visto realmente la vida.»

«La existencia pasa pálida, como envuelta en niebla — escribe otro moribundo —; se le despierta á uno una gran compasión por su pasado. ¡Ah! ¿Por qué en mi alma oscura no ha brillado nunca el rayo de una vida diferente? ¿Por qué no he estudiado? . . . Lástima que haya venido á saber tan tarde lo que he llegado á conocer ahora. ¿Por qué estaba tan vacía mi vida? ¿De

qué me he ocupado? De tonterías de que ahora me avergüenzo.

»Por lo demás — concluye con tono deseperado —, me consuela el pensar que más tarde ó más temprano no habría podido evitar el destino. Si me pusiesen en libertad debería vivir fuera de las leyes. Esto parece fácil sólo á los que no lo hayan probado. Tendría que volver á las mismas ocupaciones; es decir, me haría nuevamente un candidato á la horca.»

«Cuanto había de bueno en mí — escribe un tercero — estaba cubierto de una capa de maldad, y en toda mi breve vida no he visto sino el mal. He visto cómo los demás sufrían, y yo también he sufrido con ellos. En tales circunstancias, ¿cómo es posible amar alguna cosa, aun la mejor? Primero trabajaba en una oficina, y aquello me agradaba. Después comprendí que sólo trabajaba para que pudiese gozar un rico, y abandoné el trabajo. Cuando la revuelta armada, comencé á tomar parte en las rapiñas con otros compañeros de mi misma ralea.»

«¿Pero es que vale la pena de volver á la libertad? — pregunta un cuarto —. ¿Lograré encontrar hombres con quien valga la pena de vivir? Sé que existen hombres buenos y honestos; pero yo no los encontraré y viviré siempre entre bribones. Acaso no vale la pena de volver á la libertad para vivir como antes. Antes la muerte que este continuo tormento.»

Hay alguno que intenta rebelarse; que se justifica de la culpa común.

«Le escribiré sobre lo que me atormenta en estos instantes — dice uno de los *expropiadores* condenados á muerte á un detenido político —. Sé que la mayor parte de los hombres me consideran pura y simplemente como á un ladrón, lo mismo que á todos los demás *expropiadores*. Y sin embargo, yo no hice estas rapiñas para mí, sino para prestar auxilios á alguien. Muchos lo saben. Y lo he hecho, no por cuenta de ningún partido, sino por mi propia iniciativa personal, y por eso me es tan sensible que se hable de mí de ese modo. Cuando estaba en la sala con los delincuentes comunes, todos decían que los *expropiadores* roban para sí. Yo le pregunto: ¿Es posible que los que están con usted (evidentemente se trata de los delincuentes políticos) piensen lo mismo que los delincuentes comunes? Les he dicho entonces á los delincuentes comunes que existen hombres que cogen, no ya para sí, sino para los otros; no hablaba personalmente de mí, pero siempre me ha sido muy doloroso escuchar ciertos juicios sobre los *expropiadores*.»

Pero frente á estas ingenuas tentativas para justificar con alguna idealidad las *expropiaciones* cometidas, á menudo aparece con toda claridad el bajo nivel moral de otros ladrones:

«Me puse á cometer robos con otros *expropiadores* de mi ralea — confiesa tristemente uno

de ellos —; pero aquí precisamente comienza la vileza; el compañero roba al compañero. He tomado parte en muchas empresas de este género, y raras fueron las veces que no se cometió alguna acción abyecta. ¿No es doloroso todo esto? Son los mismos compañeros los que se roban unos á otros. Y sin embargo, exteriormente parecen personas honradas. ¿Cómo puede vivirse después de esto?»

El lector habrá notado la amarga ironía, aunque acaso involuntaria, que brota de estas palabras. Este muchacho, próximo á la muerte, no habla ya de la investigación de la verdad en las condiciones ordinarias de la sociedad. Indudablemente los hombres honrados están en número reducido. Los *expropiadores* son los únicos que activamente osan protestar contra la injusticia triunfante, mas hasta ellos son sólo buenos *exteriormente*, «á título honorífico», si así pudiéramos decir. ¿Cómo se puede vivir después de esto, cuando *ni siquiera* entre ellos se encuentra la verdad absoluta? ...



## VIII

### Se confirma la sentencia

Así se agotan los documentos, por decirlo así, autobiográficos, proporcionados por los mismos *smertniki* á nuestro informador. Estas confesiones sinceras y absolutamente desinteresadas se han transmitido de varias maneras, pero nunca oficialmente, desde las celdas de los condenados á muerte á otras celdas de la cárcel, y van dirigidas á personas que no tenían la menor posibilidad de influir sobre la suerte de los condenados. En cada una de las líneas de estos documentos vibra aquella sinceridad que precede á la muerte. Muchos de los autores de estas cartas dicen francamente que no hay para ellos en las presentes circunstancias ningún consuelo, y dudan de que valga la pena de desear la vida. A

pesar de esto, sólo en una de ellas (en la primera) podemos encontrar las trazas de un cinismo verdadero y profundo y la falta de arrepentimiento. De todas las otras emana una amarga duda y el interno deseo de otra vida y de otra verdad difícilmente asequibles. ¿Podemos ahora, puesta la mano sobre el corazón, decir que los que escribieron aquellas confesiones no podrían tener un lugar entre los hombres, y que la mano que confirmó aquella sentencia aleja de la vida réprobos refractarios al arrepentimiento y á la corrección?

Sin embargo, estas cartas están escritas en su mayor parte por *expropiadores* de profesión, que han respirado la atmósfera venenosa de la psicología anarquista vulgar. Pero esto ocurre precisamente con la mayoría de las víctimas de la justicia militar. Los actos de *expropiación* semejan á una epidemia, y no es raro que ataque á hombres de tipo medio que un mes antes del delito no soñaban que pudiesen participar en tales empresas, y que se despiertan del delirio que se apoderó de ellos como de un pesado sueño. Muchas veces se han publicado cartas en los periódicos describiendo con toda lucidez este despertar de la pesadilla y penetradas de un profundo sentimiento de arrepentimiento. Un tal Karamiscef estaba colocado en la granja de Orlof-Davidof, en la provincia de Saratof, distrito de Atkarok. Pacífico empleado, quedó mutilado por un acciden-

te del trabajo y debía recibir en compensación una cantidad. Pero entretanto coadyuvó en una agresión contra un comerciante, que, sin embargo, no resultó ni siquiera herido. Se trataba de un delito completamente vulgar, embellecido, no obstante, por el colorido moderno de las *expropiaciones*. A pesar de esto, se le condenó á muerte. He aquí la carta que escribió á sus padres antes de la ejecución (1):

«Mis queridos padres, papá, mamá y mi hermanita Fenia. Os escribo esta afectuosa carta con lágrimas en los ojos; os hago saber que estoy condenado á morir en la horca. Os ruego, queridos padres míos, que me perdonéis todas las faltas que pueda haber cometido contra vosotros. Antes de la muerte he confesado y comulgado; no he podido hacerlo de otro modo. Adiós, querido padre mío; adiós, querida madre mía; adiós, querida hermanita mía; adiós todos vosotros, hermanos míos, y amados amigos míos; no me veréis más; recordadme hasta la tumba. Os pido, amados padres míos, que hagáis decir una misa en sufragio de mi alma. ¡Oh, qué duro es morir de semejante muerte! Haced saber á mi hermano Juanito que ya no pertenezco á este mundo. Papá y mamá amadísimos: al escribir

(1) Publicada en el *Saratovski Listok*, núm. 262. Yo la tomo del *Riech*, núm. 2.991. En el recorte que poseo falta la indicación del año; pero creo que sea el 1908.